

El valor de Savater

Orlando Albornoz

Fernando Savater, el eminente filósofo español, autor de una obra sólida y respetable en ese campo del pensamiento, ha escrito un libro *light* que le ha permitido el éxito editorial usualmente reservado a los libros de autoayuda, como el simpático y simple folletín **Quién se comió mi queso**, un insólito *best seller* callejero vendido por buhoneros ilustrados. En efecto, el libro de Savater **El valor de educar** es casi banal, sobre el tema educación. Una travesura intelectual, en el mejor de los casos. Tan *light* en verdad que una universidad venezolana, atenta, al parecer, a estas originalidades del pensamiento, tuvo el talento y la creatividad como para darse cuenta de ello, y le otorgó un Doctorado Honoris Causa. Me refiero a la Universidad Metropolitana. Sin embargo, no ha sido la única en hacerlo. Anteriormente la Universidad Simón Bolívar hizo lo propio, en octubre de 1998. Falta solamente la Universidad

Santa María por montarse en esta ola savateriana, aun cuando a esta parece que se le secó la pólvora de los honores académicos, después que le otorgaron uno al hermano de la Sra. Senadora Hillary Clinton, por méritos que desconoce la opinión pública, si es que a esta le interesan estas minucias académicas.

Savater tiene una visión anticuada y equivocada de la educación, como proceso. Pone el énfasis en *educar* cuando debe ponerlo en *aprender*; omite diferencias conceptuales básicas entre escolaridad y educación; y confunde los ámbitos diversos en los cuales opera la educación, el cultural, el político, el social, y así sucesivamente. La maestra en la visión de Savater, por ejemplo, es aquella decimonónica en donde la noble y generosa mano de la misma se convertía en guía espiritual, cercana al sacerdocio. Ello no corresponde ni con el papel del docente en la sociedad moderna ni con las circunstancias, por poner un caso, del sistema escolar y de la sociedad venezolana. En la sociedad moderna, el docente es un técnico. Entrenado para una función; y, si bien puede coincidir con ese interés, quien tiene responsabilidades educati-

vas no compite con el hogar. Las del docente son responsabilidades escolares, no educativas, lo cual parece una paradoja.

El docente no es un asesor espiritual, ni un consejero, ni una doméstica ni un servicio del hogar; sino un técnico, que bien puede incluir el lado 'humano' pero ello es privilegio de su condición personal, no de su entrenamiento profesional. Como miembro del aparato educativo, es un agente más, a menudo, por cierto, portador del gusto promedio de la sociedad del espectador. No en vano, al parecer la audiencia de las peores telenovelas se cuentan en proporciones alarmantes en el llamado magisterio, que debería tener otros intereses, intelectuales, pero no es así. En este sentido, mis investigaciones me revelan que los docentes venezolanos son meros empleados de una burocracia estatal/privada y no los intelectuales críticos que requiere la sociedad del conocimiento. Por otra parte, su entrenamiento profesional es frágil para decirlo en una palabra, frágil e insuficiente. Son reproductores de ignorancia porque no trascienden esos terrenos. Es fácil observar que los docentes de la escuela básica, los maestros, son pasivos con-

ductores de un proceso burocrático hasta el punto de que, de hecho, ni consumen ni mucho menos producen saber/conocimiento.

El otro tema es el papel de los medios de comunicación social. Todos los quieren manejar. El actual autócrata local quisiera poder hacer una cadena diaria en *sus* medios de horas interminables a la cubana, sin oposición. Los medios por su parte quisieran poder transmitir cuanta pornografía y vulgaridad pudiesen. Es fácil imaginarlos transmitiendo competencias de orgasmos colectivos en un estudio cerrado o haciendo consumir alcohol a un grupo de concursantes para ver su comportamiento, una vez embriagados. Podrían darse premios cada tantos tragos, y así sucesivamente, o premiar a la bebida que embriague más rápidamente. (Les regalo esta idea a los creativos de alguna planta de televisión). La prensa escrita quisiera poder inventar noticias escandalosas cada tres días, para mantener la venta en tensión. Ahora bien, los medios controlan el aparato educativo; el Estado, a su vez, comparte con el sector privado el aparato escolar. Estos, por su parte, entran a menudo en el asunto escolar con unas ansias de

lucro merecedoras de mejor empeño y sueñan — como la Iglesia Católica— con controlar el enorme monto fiscal que el Estado destina a la escolaridad. Por cierto, el gobierno ‘revolucionario’ encabezado por el presidente Chávez ha tenido una enorme habilidad para demostrar una inequívoca vocación de aislamiento, en materia de las políticas públicas en educación. Sobrados en su arrogancia ‘bolivariana’, y creyendo tener la verdad absoluta, se han aislado en vez de establecer mecanismos de alianza y solidaridad para con su visión educativa; y han alienado simpatías y adhesiones y creado las condiciones como para que una oposición impulsada por razones ideológicas y políticas conservadoras pretenda imponer una visión igualmente conservadora de la escolaridad, profundamente fascista, si se quiere, de la educación.

El tema de la diversidad es esencial. Los sistemas educativos buscan la homogeneización y la universalidad, en forma simultánea. El proyecto escolar tiene que ser nacional e integrador. No sería prudente que cada escuela tuviese el suyo. Además, los sectores reaccionarios que adelantan el llamado proyecto de la sociedad

civil defienden lo indefendible, que es como la familia debe controlar la educación. Ello es inaceptable para el Estado. Lo que supongo puedo discutir, técnicamente hablando, es que la familia no puede controlar la escolaridad; esta es función del Estado. Los sectores conservadores quieren reducir el espacio del Estado; y los gobiernos modernos suelen defender el *estado docente*.

Efectivamente, la diversidad y homogeneidad cultural son un proceso paralelo, lo local y lo universal. Ha sido demostrado hasta la fatiga que el ser se forma a partir de lo local, hasta abarcar la experiencia universal. Pero son procesos complementarios que no se excluyen el uno al otro, porque el mismo es uno y múltiple. Pero en esta materia es necesario tener claro que si una sociedad permite al infinito la diáspora del proyecto educativo nacional, se genera una anarquía estructural contraria precisamente al principio de nación. Si la sociedad permitiese que cada religión, cada etnia, cada grupo nacional, grupo etario y de género tenga su propuesta y proyecto educativo, la sociedad deja de ser una razón de existencia y de ser. Ciertamen-

te cada grupo puede tener la escolaridad que quiera; pero la educación como amalgama es parte esencial de la cohesión de una sociedad. Sobre esta materia es menester un sano dogmatismo, reducido a dos extremos: o elabora la sociedad el proyecto que requiere o lo hacen los grupos que se hallan en el anverso de la necesidad colectiva. La misma que se agita en las calles de Caracas, entre quienes aspiran el liderazgo en materia autoritaria, el gobierno a través del proyecto educativo bolivariano y los segundos a través del autoritarismo de la Iglesia Católica y del capital de lucro que participa en el negocio de la escolaridad. Por cierto, en materia educativa no hay tal proyecto bolivariano. Por ignorancia, omisión o interés creado, suele olvidarse que la visión pedagógica del proyecto político grancolombiano fue elaborada por Francisco de Paula Santander y no precisamente por Simón Bolívar. Es de recordar que Santander hizo abrir en Venezuela las primeras escuelas republicanas. En estos tiempos que corren, sin embargo, Santander es políticamente incorrecto, gracias a la peregrina interpretación de que ¡el líder colombiano era un oligarca! Por otra parte, permitir que el sector privado con-

trole la escolaridad de la sociedad sería claudicar principios invulnerables de la democracia moderna.

Pero, en todo caso, lo que equivoca Savater son las nociones de escolaridad y de educación. Lo que está en disputa en Venezuela es la escolaridad, pero no la educación. El proyecto educativo es, de hecho, un monopolio indisputado. Arraigado en la acción de múltiples agentes. La monumental ineptitud del gobierno para defender su proyecto –que tendría que ser un proyecto educativo, no solo escolar– es solo comparable a la debilidad del proyecto de la derecha política venezolana que quiere mantener un proyecto de clase y un proyecto de élite. Que cree equivocadamente que el proyecto educativo es de la familia, estereotipada en la imagen del padre bueno, la madre bella y los niños bien alimentados.

Dije del libro de Savater, **El valor de educar** (1997), que era *light* y banal. Efectivamente. No ha hecho Savater un favor a la comunidad académica con este libro, pues muchos creerán que el análisis de la educación pa-

sa por estas consideraciones sentimentales y afectivas del proceso de formar personas, que es el objetivo del educar y del aprender. Para interpretar la educación, en su complejidad, en los niveles micro y macro, es necesario combinar ideales con realidades, teoría con práctica, metodologías lógicamente organizadas, y así sucesivamente. Esto es, requerimos para estudiar este complejo fenómeno lo que Henri Poincaré llamaba **El valor de la ciencia** (1946), porque la retórica banal y superficial *a lo Savater* confunde y engaña. Pero vende, ciertamente, aunque no soporte el más mínimo análisis técnico ni lógico-histórico.

Inevitable, finalmente, debo citar, a título de comparación con el libro por Savater, la obra densa y rica en términos pedagógicos, de Gilbert Highet, **El arte de enseñar** (1935). Nuestro tiempo, sin embargo, no requiere ni *arte* ni *valor*, sino una visión de la educación y de la escolaridad apoyada en evidencias empíricas y en análisis profundos acerca del deber ser, sí, pero también del poder ser, terreno en donde se imponen en esta y en otras materias la realidad, dicha en ese sentido de la muy terca y dura rea-

lidad. Esta realidad se impone a las fantasías y a las disposiciones llenas de amor y paz, como las de Savater, pero ajenas a los implacables enfoques acerca de cuánto cuesta, quién lo paga y quién se aprovecha de esa dinámica socioeconómica que genera y distribuye ese bien que es el saber/conocimiento, *ergo*, la educación.

